

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica 2.^a de Cuaresma.

Et transfiguratus est ante eos.

MATTH., XVII, 2,

Y se transfiguró delante de ellos.

Recordad, hermanos míos, que en el último discurso ofrecí á vuestra mirada los gloriosísimos triunfos alcanzados por Jesucristo, sublime campeón de la humanidad, sobre nuestro implacable enemigo, el demonio; y al mismo tiempo os convidaba á practicar las enseñanzas evangélicas, indispensables á todo cristiano si quiere participar de los triunfos y victorias de su divino maestro. A la luz de esas enseñanzas aprendisteis cómo debemos prepararnos al combate, las precauciones que debemos adoptar antes de la tentación, la resistencia que de-

bemos oponer y las armas que debemos manejar desde el comienzo de la lucha, si queremos conservar ilesos el honor del nombre cristiano, los sagrados fueros de la virtud, y los ricos ornamentos de la gracia que hermocean y glorifican á los hijos de Dios.

Hoy vengo á mostraros el espléndido galardón, la magnífica recompensa, los riquísimos tesoros, y los inmarcables laureles que están reservados á los vencedores. Muéstrase propicia la ocasión toda vez que el Evangelio de este día nos lleva á la cumbre del Tabor, y nos hace participantes del misterio de la transfiguración, misterio profundísimo y gloriosísimo, en que Jesucristo descubre á los suyos las grandezas y glorias de su reino.

Tomó Jesucristo á sus discípulo-

los Pedro, Santiago y Juan, y subiendo á la cumbre del Tabor, se transfiguró delante de ellos. Su rostro brillaba como el sol, y sus vestidos se tornaron blancos como la nieve. Aparecieron Moisés y Elías y conferenciaban con el Salvador. ¡Magnífico espectáculo! Embelesado San Pedro en presencia de su maestro transfigurado, Señor, exclamó: Bien estamos aquí: si quieres, hagamos tres pabellones, uno para tí, otro para Moisés, y para Elías otro. Basta, hermanos míos: Considerad que Jesucristo conferenció con Moisés y Elías sobre las ignominias de su pasión y muerte, sobre el terrible combate que muy luego va á sostener contra todo el infierno para redimir al mundo, enseñándonos con esto que la vida del cristiano es la lucha, que su vocación es el combate sin tregua, sobre la tierra; y para robustecer nuestra fé y darnos valor, se presenta á nuestra contemplación resplandeciente y glorificado, brillando su rostro mas que el sol, y apareciendo sus vestiduras mas blancas que la nieve.

De manera que si Jesucristo, Señor nuestro y rey de las virtudes, luchando con el demonio y venciendo sus tentaciones mostrábase el último domingo per-

fectísimo modelo de los cristianos que desean vencer en todos sus combates, muéstrase hoy ejemplar divino de la gloria que reserva en los cielos para los que oigan su palabra y cumplan sus preceptos.

Para que entendais bien mi pensamiento, voy á expresarlo con toda claridad en los dos puntos siguientes: 1.º, *el misterio de la transfiguración es la más sólida y robusta garantía de la eterna dicha prometida á los cristianos; y 2.º, es un poderoso estímulo para que luchemos con valor y perseverancia contra los enemigos de nuestra alma.*

—
Cuando me pongo á contemplar ese vértigo fatal que marea las cabezas, y ese profundo trastorno que reina en los corazones á consecuencia del funestísimo influjo que están ejerciendo sobre las ideas y las costumbres, esas máximas disolventes, esas doctrinas corrompidas y corruptoras de la moderna civilización; cuando desde lo alto del monte Tabor dirijo mi vista hácia la gran ciudad del mundo, y veo á los hombres atropellarse unos á otros en busca de falsos goces y mentirosos placeres, precisado me veo á gritar con el profeta: «Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo habeis de amar la vani-

dad y correr desalados en pos de la mentira? (1). »Haced sacrificios de justicia, (2) mortificando vuestras pasiones y negándoos á los placeres que os ofrece un mundo engañoso. »Y para obligaros á hacer este sacrificio, para estimularos á luchar con ardimiento contra la tiranía de vuestras pasiones, para avivar vuestra fé y alentar vuestro valor en medio de las espirituales batallas que es forzoso reñir en este campamento de la vida; »Esperad, nos dice, esperad en el Señor que os premiará con bienes infinitos.» Al oír esta gran promesa, quisiérais preguntarme: ¿Qué bienes son esos que se nos prometen? Y no me parece extraño vuestro deseo de saber las condiciones de la recompensa; porque, hojeando las páginas de la Historia sagrada, leo sin extrañeza que el mismo David, antes de lanzarse con la honda y el cayado á temerosa y singular batalla con el gigante Goliath, terror del pueblo de Dios, quiso saber el premio de su victoria. *¿Quid dabitur viro qui percusserit Philisthæum hunc?* (3). Leo también en la Historia evangélica que el Prin-

cipe de los Apóstoles, apenas oyó el precepto de Jesucristo á sus discípulos de abandonar todos sus bienes para seguirle, preguntó con diligente cuidado: *¿Quid erit nobis?* ¿Qué se nos dará por este desprecio del mundo y de sus riquezas? Así, pues, cuando yo os exhorto á la práctica de la virtud y á la detestación del pecado, á luchar contra el moderno Goliath, y á combatir vuestras pasiones, paréceme natural que preguntéis como el Jefe del Colegio Apostólico: ¿Qué se nos dará como galardón de nuestra virtud, como recompensa de nuestros servicios, como premio de nuestra victoria? Y yo os respondo: que ningún mortal oyó jamás, ni han visto sus ojos, ni el entendimiento humano puede comprender la grandeza de los premios, la magnificencia de las recompensas, la suavidad de los placeres, y el torrente de celestiales delicias que Dios ha preparado para sus verdaderos servidores, en esta vida fugaz y transitoria y en la otra que no tendrá fin. ¿Y quién nos mostrará esos magníficos bienes y esas inefables delicias para que su vista nos desengañe y su atractivo encienda nuestro deseo y captive nuestro corazón? En los tiempos de la ignorancia y de la corrup-

1 Psal. IV.

2 Ibidem.

3 Reg., XVII, 26.

ción general, cuando el sol de la fé no habia iluminado el entendimiento de los hombres, no es extraño que se tuvieran en el juicio humano por vanas é inciertas tan magníficas promesas. Lo que verdaderamente extraña y aún asombra, es que todavia en plena claridad, en medio de los infinitos resplandores con que Jesucristo ha iluminada todos los horizontes de la vida humana, existan hombres que piensen, hablen y vivan como si mas allá del sepulcro no hubiera un Dios, vengador del crimen y remunerador de la virtud. Los ímpios dijeron en otro tiempo por boca del sábio: (1) «Corto y enfadoso es el tiempo de nuestra vida, y no espera el hombre alivio alguno mas allá de la tumba. De la nada nacimos; y, despues de esta vida, nada seremos: venid, pues, y disfrutemos de estos bienes.» «Comamos y bebamos que mañana moriremos: coronémonos de rosas antes que el verano las marchite, y saciemos nuestro apetito en los prados de la lujuria.» Estas máximas ímpias se nos venden en el siglo XIX como el *non plus ultra* de la humana sabiduría, por esa turba de católicos renegados que llaman-

dose sábios, se han convertido en verdaderos nécios; hombres. como los llama el Apóstol, amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, protervos incontinentes; hombres sin fé, sin principios, sin costumbres, sin religion, sin Dios. Esas doctrinas ímpias, destructoras de la religion y de la sociedad, que matan todas las virtudes y engendran todos los vicios, cunden y se propagan bajo una ú otra forma, enseñando á los pueblos que no hay otros placeres, ni otros bienes, ni otra felicidad, sino la felicidad y los bienes de esta vida caduca y perecedera, donde terminan nuestros deseos y concluyen todas nuestras esperanzas. «Vamos, pues, dicen los ímpios, y disfrutemos de todos estos bienes. Y la ignorancia, auxiliada por la corrupcion, en oyendo esas doctrinas inmorales que lisongean los carnales apetitos, quizá se resuelve á formar coro con la impiedad y á poner en práctica sus mortíferos consejos. Pues qué? no parece efectivamente gran necedad que no habiendo visto nosotros esos gozos espirituales, ni teniendo idea alguna de esa felicidad incomprensible y de esos bienes eternos que nos prometes, nos privemos, por su esperanza, de los placeres que

1 Sap. II, 1, 2.

nos ofrece la naturaleza y de los bienes que están en nuestra mano? Luego si quieres que abandonemos las sendas floridas del vicio y entremos con decisión en el áspero sendero de la virtud; si quieres que nos animemos á la lucha y vencimiento de nuestras pasiones; envíanos quién nos muestre alguno de esos bienes: *¿Quis ostendit nobis bona* (1)? No prosigais en vuestras escesivas exigencias, porque ha llegado el momento en que vuestros deseos serán cumplidos y satisfecha vuestra curiosidad. Venid conmigo, hombres de poca fé y de pesado corazón; subid en alas de vuestro espíritu á la cumbre del Tabor, contemplad á Jesucristo trasfigurado, y él os dará una idea de los bienes eternos que se os ofrecen y de la felicidad incomprendible é inmortal gloria que se os promete. Mirad el rostro de Jesús mas resplandeciente que el sol, y sus vestiduras mas blancas que la nieve. El resplandor que sale de su sacratísimo cuerpo es tan vivo y tiene tal actividad que deslumbra á los Apóstoles y los hace caer en tierra. Hubierase dicho que el rey de los astros habia bajado á la cima del monte; y si hubiera sido de

noche, los resplandores del cuerpo de Jesucristo le hubieran convertido en el mas claro dia. Hoy deja el Señor por unos cortos instantes la exterior figura de su Madre y manifiesta la de su Eterno Padre. Hoy se trasfigura, hoy deja la figura mortal de hombre y se muestra con la de verdadero Hijo de Dios, esto es, rico, glorioso y resplandeciente como el sol. Este fué el gran dia en que el Señor quiso revelar á sus discípulos las grandes riquezas que poseia y ocultaba bajo los aparentes velos de un cuerpo pasible y miserable. Miradme glorioso los que me seguís pobre y despreciable: no penseis que soy todo abatimiento y penalidad. Riquezas tengo y gloria inmortal con que hacerme desear de los que me siguen *Erit Deus absconditus*, habia dicho Isaias (1). Será un Dios verdaderamente escondido. ¿Hubo jamás Señor mas rico, Príncipe mas poderoso, Monarca mas lleno de dignidad y grandeza? Pero ¿quién mas pobre? ¿Quién mas abatido? Quién mas desamparado y lleno de dolores? Ved aqui el gran misterio de Jesucristo (2): allá dentro toda

1 47, 15.

2 Discursos prad. del V. Bautista de Lanuza.

la gloria del cielo; acá fuera, todas las penas de la tierra; dentro, toda la inmortal bienaventuranza de Dios, fuera toda la mortalidad del hombre. Pero hoy quiere correr estos mortales y miserables velos; y como quien suelta el dique que contiene las corrientes impetuosas de un río, deja en entera libertad á la inagotable corriente de luz y de gloria que oculta su humanidad y rebosando al cuerpo, lo deja hermoso y resplandeciente como el sol.

De este altísimo misterio hablaban el Santo Job, (1) según San Ambrosio (2), cuando decía: «El que mude la tierra de su lugar, estremeciendo sus columnas. El que manda al sol que no salga y no sale, y el que cierra las estrellas, como debajo de un sello.» Sacó el Señor de su lugar la tierra, elevando nuestra naturaleza al Ser divino, juntándose Dios con el hombre por la unión más inefable. Levantada al cielo esta tierra, tubo propiedades celestiales, fué sol y fué estrella; pues ya lució en ella el sol divino y su gloria inaccesible. Pero mandó el Señor al sol que no saliese y á las estrellas que ocultasen

sus resplandores. El mundo vió á Jesucristo, vió á este Dios hombre, y no vió la divina luz y grande gloria de su alma. Mas hoy revoca su mandato hecho al sol y á las estrellas: rompen con impetuosa violencia sus divinos resplandores y su rostro queda resplandeciente con tan brillante resplandor que á su vista se oscurece el sol, y rebosando la gloria de su glorioso cuerpo, despiden sus vestidos rayos de hermosa y deleitable blancura. Así el prodigio de la trasfiguración acredita la divinidad de Jesucristo y garantiza sus promesas.

En otro tiempo, los que miraban á Jesucristo con los ojos de la carne se burlaban de sus ofertas (1), repitiendo á cada paso: *¿Quómodo potest hic?* Siendo el más pobre entre los hijos de los hombres promete riquezas. No tiene donde reclinar la cabeza, y promete asientos de inmortal gloria en su reino. Y, aun puesto en la Cruz, le insultaban diciendo; No puede salvarse á sí el que ha ofrecido á otros la salud. Mas, para disipar todas nuestras deudas y desconfianzas, para hacernos amable la virtud y aborrecible el pecado, para estimularnos á la mortificación de nues-

1 Cap. 9: 6.

2 Lib. de Interpell.

1 Luc. 16, 14.

tras pasiones y á la lucha contra nuestros invisibles enemigos, lleva hoy á los suyos á un monte elevado y les descubre una parte del rico y glorioso vestido que adorna su alma y les da á gustar por unos momentos las inefables dulzuras y las inestimables riquezas que tiene preparadas en sus infinitos tesoros. Y ahora os pregunto: ¿Habr  ya entre vosotros quien viva en adelante con los ojos clavados en la tierra sin querer levantarlos al cielo? Despues de haber contemplado ese grandioso expect culo, es decir, la grandeza, la gloria y magestad de Jesucristo en el Tabor, ¿podeis dudar de sus promesas? ¿Pediais   Dios que os mostrase el premio de vuestros servicios, la recompensa de vuestras buenas obras? Alzad vuestros ojos y ved en el resplandeciente rostro de Jesús un vislumbre de los eternos bienes que se os ofrecen. ¿Pediais   Dios que levantara como generoso y diestro Capitán la bandera de su luz para animaros,   la batalla? Vedla hoy enarbolada: vedla, como soldados animosos, con la esperanza de este rico   inestimable tesoro. Esos resplandores, esa gloria, esa magestad es una señal de la que se os tiene prometida. Si os pido que lucheis como buenos

soldados de Cristo, tambien os ofrezco laureles que no se marchitan y guirnaldas que siempre reverdecen. Si os pide el Señor que levanteis vuestro corazón y emprendais la conquista del cielo, haciendo violencia   vuestras pasiones y cumpliendo vuestros deberes cristianos, tambien os ha enviado un generoso y esforzado Capitán que, levantando la bandera y señal de sus victorias, (1) congrega   sus soldados y los llena de valor y confianza, mostrándoles en su cuerpo glorificado un rayo de aquella gloria con que   todos convida y esfuerza en la seguridad de participar algun dia de tan grande ventura y de tan noble Magestad. ¿Qué mayor estímulo, qué aliciente mas poderoso puedo ofreceros esta mañana para obligaros   la práctica de la virtud y la detestacion del pecado? Si os ofrezco en nombre de Jesucristo todos los tesoros, todas las riquezas, todas las delicias reservadas   la virtud en esta vida, ¿sereis tan insensatos que vayais   preferir los hediondos placeres del vicio y los suplicios intolerables de una conciencia criminal,   los purisimos goces de la virtud y   la paz dulcísima de una conciencia inmaculada?

1 Isai. 5, 26.

Si os aseguro y garantizo con los prodigios del Tabor la posesion inmediata, despues de la muerte, de las eternas, infinitas recompensas que Dios ha preparado en el reino de los cielos, ¿tan ciegos sereis que no veais, ni llegueis á comprender dónde está la felicidad y dónde la desdicha, dónde la vida y dónde la muerte, dónde la salvacion y dónde la condenacion de vuestras almas? Si os he mostrado y prometido una corona de gloria de las que tejen con sus manos los Angeles del cielo para cada uno de aquellos cristianos que, como buenos soldados de Cristo, riñen en la tierra, con una fidelidad inquebrantable y con un valor invencible, las batallas espirituales contra los ataques del demonio, enemigo implacable de Jesucristo, contra las seducciones del mundo y contra la tiranía de las pasiones; si os presento de un lado el cielo con sus eternas alegrías y de otro lado el infierno con sus sempiternos horrores, ¿puede seros dudosa la eleccion? Si teneis á la vista, por una parte, en el valle profundo de las tinieblas, el negro pendon de Satán, emblema del pecado y de la impiedad, y por otra, en el Tabor altísimo de la gloria, el estandarte inmaculado de Cristo, señal infalible de triunfos infini-

tos, ¿por qué estais vacilando entre dos partidos? *Quousque claudicatis in duas partes?* Cristianos que habeis perdido de vista á Jesucristo, subid al monte de la trasfiguracion, levantad la vista, contemplad al Salvador glorioso, y viendo su rostro que brilla como el Sol y sus vestidos tan blancos como la nieve, no podreis menos de exclamar estáticos de placer á imitacion de San Pedro. *Bunum est nos híc esse.* Bien estamos aquí donde reina Jesucristo. No hay mayor bien que desear, ni mas dulce gozo que apetecer, ni mas alta gloria que buscar. Bien estamos aquí, en la tierra, dentro de la Iglesia católica, lejos del vicio, en compañía de Jesucristo y á la sombra de su Cruz; y bien estaremos en el Tabor de la gloria por toda la eternidad, Amen.

